

EL GRAN DESCONOCIDO...

Hace pocos años, el famoso teólogo católico P. Royo Marín escribió un libro que lleva este mismo título que encabeza esta catequesis. En ese tratado teológico desarrollaba la clásica doctrina de los siete dones del Espíritu Santo.

"El gran desconocido" se refiere directamente a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, al Espíritu Santo de Dios. "El gran desconocido de occidente", como lo han llamado originalmente, salvaguardando la rica tradición sobre el Espíritu Santo de las iglesias católicas de oriente en donde no es tan desconocido.

Si reflexionamos acerca del lugar que ocupa el Espíritu Santo en nuestra piedad personal y comunitaria, en los diversos niveles de nuestras catequesis, en las celebraciones litúrgicas, en las reflexiones teológicas o en nuestras actividades pastorales caeremos en la cuenta de que este lema de "el gran desconocido" coincide con la realidad.

Recuerdo, por ejemplo, que para el día de mi confirmación mi catequista me había regalado una estampa con un dibujo: una paloma descendiendo sobre los dones de pan y vino; recuerdo que no lograba entender el significado... Me preguntaba qué tendría que ver el Espíritu Santo con la misa. Como podrás observar mi formación acerca del Espíritu Santo cuando recibía el sacramento de la Confirmación, era casi nula. No recuerdo que me hayan hablado demasiado del Espíritu Santo, más bien nos anunciaban todo el tiempo sobre la Persona de Jesús. Tampoco recuerdo que me hayan hablado demasiado sobre el Espíritu Santo durante mi formación sacerdotal; igualmente no me acuerdo de haber tenido durante todo ese tiempo ningún retiro espiritual donde nos anunciaran la importancia del Espíritu Santo en nuestra vida o en nuestro ministerio.

Tal vez pueda resultar que soy muy olvidadizo y no retengo las cosas importantes, pero creo que no. Creo, más bien, que he recibido de lo que se anunciaba y que en ese anuncio no estaban explícitas la Obra y la Persona del Espíritu Santo. Basta con observar nuestra liturgia: ¿Cuántas fiestas del Espíritu Santo hay? Tú piensas: "una sola: Pentecostés". ¿Cuántas fiestas de san José hay? Dos. ¿Cuántas fiestas de Juan Bautista hay? Dos también. ¿Cuántas fiestas marianas? Muchísimas.

¿Y el Espíritu Santo? Un gran desconocido...

Una aclaración importante: que la Tercera Persona de la Trinidad sea para nosotros "un desconocido" no quiere decir que haya sido para nosotros "un ausente". Creo firmemente que Él ha estado siempre donde haya estado la Iglesia, donde se haya anunciado a Jesús, donde se haya celebrado la fe, donde se haya apostado por la vida...

Volvamos ahora a preguntarnos sobre "el desconocido de occidente": ¿quién es el responsable de que no se conozca demasiado sobre el Espíritu Santo? Pregunta misteriosa, difícil de responder. Tal vez pueda ayudarnos san Pablo:

***"Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria,
les conceda un espíritu de sabiduría y de revelación
que les permita conocerlo verdaderamente"
(Efesios 1,17)***

Conocer a Dios es una gracia que sólo proviene de Él. Por más que estudies todos los tratados sobre el Espíritu Santo jamás lo conocerías. Dios tiene que concederte la experiencia de revelarse. Literalmente, "revelar" quiere decir "quitar el velo". Como si una venda cubriera los ojos y de repente comienza a caer. El espíritu de revelación, del que habla Pablo, se refiere a que Dios mismo se dé a conocer, abra su intimidad, te regale su amistad, te haga caer el velo que cubre tus ojos. En definitiva, que si el Espíritu Santo ha sido hasta ahora un "gran desconocido" es posiblemente porque no hemos pedido que se nos revele, que se nos dé a conocer.

Sin embargo, se pueden constatar algunos cambios ...

Una consagrada muy devota del Espíritu Santo, la Beata Elena Guerra, exhorta al Papa León XIII a divulgar la devoción al Espíritu Santo. Y aquel Papa no sólo escribe sobre la Tercera Persona de la Trinidad en la encíclica "Divinum Illud Munus" (1897) sino que, además, consagra el siglo XX al Espíritu Santo.

Evidentemente el siglo XX, todo consagrado al Espíritu Santo, vio florecer a la Iglesia en el Concilio Vaticano II con un soplo poderoso de Dios. Piensa además en la cantidad de movimientos de espiritualidad que siguen renovando la vida de la Iglesia hoy y que han nacido en el siglo pasado.

Él se está dando a conocer, Él se está revelando.

Él quiere hacer caer la venda que cubre tus ojos para revelarse en tu vida.

Él te está invitando a tener intimidad, a tener comunión con Él.

Los cristianos católicos, cuando hablamos de "comunión" pensamos inmediatamente en la santa misa, en hacer la comunión, en comulgar. En efecto, la comunión con Cristo es algo tan sagrado que es para nosotros un sacramento. En la santa comunión tenemos verdadera intimidad con la Persona de Jesús. Pero también, como se ve, estamos invitados a tener comunión con el Espíritu Santo:

"La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo permanezca con todos ustedes" (2ª Corintios 13,13)

Oremos así:

*Dios y Padre nuestro,
te pido en el Nombre de tu Hijo Jesucristo
que me concedas más espíritu de sabiduría y revelación
que me permitan conocer
a tu Santo Espíritu,
su Persona y su Obra.*

*Espíritu Santo,
quiero conocerte más,
quiero aprender a agradarte y a obedecerte.
Dame a gustar de tu Comunión. Amén.*

Otros textos de la Palabra de Dios sugeridos para esta catequesis: Lucas 11, 9-13; Juan 7, 37-39; Juan 16, 13-15; Efesios 3, 3-5;

Padre Eduardo Javier Silio
Comunidad Siervos de las Bodas del Cordero
Diócesis de Quilmes, Buenos Aires, Argentina

<http://comunidadesbc.spaces.live.com>



PARA MEDITAR

Foméntese el conocimiento y amor del Espíritu Santo

Seguramente harán esto muy bien y perfectamente los hombres cristianos si cada día se empeñaren más en conocerle, amarle y suplicarle; a ese fin tiende

esta exhortación dirigida a los mismos, tal como surge espontánea de nuestro paternal ánimo.

Acaso no falten en nuestros días algunos que, de ser interrogados como en otro tiempo lo fueron algunos por San Pablo «si habían recibido el Espíritu Santo», contestarían a su vez: «Nosotros, ni siquiera hemos oído si existe el Espíritu Santo»(Hc 19,2). Que si a tanto no llega la ignorancia, en una gran parte de ellos es muy escaso su conocimiento sobre El; tal vez hasta con frecuencia tienen su nombre en los labios, mientras su fe está llena de crasas tinieblas.

Recuerden, pues, los predicadores y párrocos que les pertenece enseñar con diligencia y claramente al pueblo la doctrina católica sobre el Espíritu Santo, mas evitando las cuestiones arduas y sutiles y huyendo de la necia curiosidad que presume indagar los secretos todos de Dios. Cuiden recordar y explicar claramente los muchos y grandes beneficios que del Divino Dador nos vienen constantemente, de forma que sobre cosas tan altas desaparezca el error y la ignorancia, impropios de los hijos de la luz.

Insistimos en esto no sólo por tratarse de un misterio, que directamente nos prepara para la vida eterna y que, por ello, es necesario creer firme y expresamente, sino también porque, cuanto más clara y plenamente se conoce el bien, más intensamente se le quiere y se le ama.

Esto es lo que ahora queremos recomendarles: Debemos amar al Espíritu Santo, porque es Dios: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fortaleza(Dt 6,5). Y ha de ser amado, porque es el Amor sustancial eterno y primero, y no hay cosa más amable que el amor; y luego tanto más le debemos amar cuanto que nos ha llenado de inmensos beneficios que, si atestiguan la benevolencia del donante, exigen la gratitud del alma que los recibe. Amor este que tiene una doble utilidad, ciertamente no pequeña.

Primeramente nos obliga a tener en esta vida un conocimiento cada día más claro del Espíritu Santo: El que ama, dice Santo Tomás, no se contenta con un conocimiento superficial del amado, sino que se esfuerza por conocer cada una de las cosas que le pertenecen intrínsecamente, y así entra en su interior, como del Espíritu Santo, que es amor de Dios, se dice que examina hasta lo profundo de Dios. En segundo lugar, que será mayor aún la abundancia de sus celestiales dones, pues como la frialdad hace cerrarse la mano del donante, el agradecimiento la hace ensancharse.

De la encíclica “Divinum illud munus” del PAPA LEÓN XIII sobre el Espíritu Santo
9 de mayo de 1897